



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ZOOLOGIA



Cuadrumanos.

El mono sabio y el mono imbécil.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Inauguración taurina, por Eduardo Bustillo.—Mi despensa, por Juan Pérez Zafra.—Críticas apasionadas, por Eduardo de Palacio.—Recuerdos, por José Estrumera.—Santificar las fiestas, por Simón Delgado.—El amigo de todos, por Francisco Flores García.—Un hombre bien educado, por L. Cob y Bárcena.—Chismes y cuentos. Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Zoología, por Cilla.—Semana Santa, por Cilla.—Entre bastidores, por Posa.—Tropa, por Cilla.



Las de Barbilla han pedido en San Ginés; las de Gúndez, en San Luis; las de Boliche, en las Calatravas, y así sucesivamente.

Más de un sujeto se ha visto obligado a abrir la bolsa é ir soltando pesetas por esos templos, á cambio de miradas carifiosas y de sonrisas dulces.

—El jueves pido en San Andrés, de once á una—había dicho Purita al joven Honorato, uno de nuestros primeros seductores, aunque picado de viruelas.

Y él se puso la levita negra y el pantalón de cuadros y el sombrero de copa y los guantes color salmonete, y entró en San Andrés hecho un brazo de mar.

Allí estaba ella, con un sombrero de castor que parecía una palangana, coronado por una cabeza de loro entre nubes de crespón, y lo mismo fué ver á Honorato se sonrojó toda.

Sacó Honorato medio duro del bolsillo y lo dejó caer en la bandeja. Purita le dió las gracias con un gesto expresivo, y no pasó más por aquel entonces.

Pero á la salida, ¡oh! á la salida. Honorato se acercó á la joven, que iba con su mamá—una especie de perro de lanas con manteleta,—y le dijo en voz baja:

—Pura, necesito que hablemos.

—No puede ser—contestó ella.

La mamá interrumpió el coloquio diciendo:

—No es despreciar á usted, joven, pero no podemos admitir la compañía de nadie, porque ésta tiene relaciones con un chico oficial, que si no ha venido hoy con nosotras, es porque le dió una patada el teniente coronel equivocadamente, y está en la cama sin poderse mover desde el martes.

Iba á replicar Honorato, porque no es hombre que se detenga ante lo insuperable, cuando apareció el teniente, apoyado en un bastón y con el pie derecho metido en una zapatilla del tamaño de un saco de noche.

—¡Cielos! ¡Él!—dijo Purita.

—¡González!—exclamó la mamá, llevándose las manos á la cabeza.

El teniente se encaró con Honorato; éste quiso adelantarse para estrechar la mano del oficial, y en su aturdimiento tropezó con un matrimonio que iba con un niño, derribando á éste y poniéndole ambos pies encima.

El padre se puso furioso, como es natural, y el teniente aprovechó la ocasión para llamar bruto á Honorato.

Todo esto ocurrió en la calle de Atocha, á tiempo que salían de la iglesia de San Sebastián varios sacerdotes en ayunas, y uno de ellos, que llevaba mucha prisa, fué á cruzar la calle y pisó al teniente en la babucha. Éste enarboló el garrote, y en vez de pegarle al presbítero, le pegó en la capota á la mamá de Pura, destrozándosela completamente.

Aquella escena turbó la paz del día, y los fieles hicieron comentarios, hasta que vino la autoridad á disolver los grupos y á llevarse á Honorato, suponiéndole el causante de todo.

El pobre chico ingresó en la prevención con la levita arrugada, el sombrero despeinado y los pelos en desorden, y dijo al inspector con acento de amargura:

—Ésta es la vida, caballero. Gasta usted medio duro en un fin piadoso, procura usted no faltar á las conveniencias sociales, y qué resulta? Qué le traen á uno aquí en clase de Higiniá.

La cantidad de estos días no ha evitado que le robasen el reloj á un inspector de vigilancia.

Va nadie está seguro. Por eso hay quien lleva los cuartos metidos en los calcetines, y cuando tiene que pagar se quita las botas, con gran sorpresa del mozo, que le pregunta:

—¿Qué? ¿Va usted á pescar?

—¡Silencio! Ésta es la única manera de evitar que le saqueen á uno.

En una de las iglesias más aristocráticas de la villa ocurrieron varios robos durante los divinos oficios, y ha habido señor que fué á meter la mano en el bolsillo y tropezó con otra mano peluda.

—¿Qué es esto?—exclamó asustado.

—No se alarme usted—contestó el ratero.—Soy yo, que no sé lo que me hago. En estos días de unión cristiana, el hombre piensa en los martirios del Redentor del mundo, y no sabe dónde esconder las manos pecadoras.

Hay señoritas, al parecer, que van á rezar á los templos, y de paso se quedan con todo lo que pueden. A esta clase de tomadoras piadosas pertenece una chica bastante guapa, que se persigna con la mano derecha y con la izquierda extrae relojes.

Va siempre acompañada de una señora, que hace papeles de madre, y entre ambas entablan diálogos como éste:

—Padre nuestro, que estás en los cielos.... Alfonsa, guárdame este medallón que acabo de encontrarme sobre el pecho de una señora.

—Dios te salve, María.... ¿Es de oro?

—Lo parece.... No nos dejes caer en la tentación....

—Yo creo que *platea*.... Y después de este destierro....

¡Parece mentira que haya gente tan poco religiosa!

Mientras dura la Semana Santa, ninguna persona decente piensa en los bienes terrenales ni en las piedras preciosas, y lo más á que uno aspira es á comer con decencia y á presentarse con aseó delante de sus conciudadanos.

Los demás placeres de la vida se dejan para la Pascua de Resurrección, cuando ya no queda duda de que Cristo ha dejado de padecer.

Entonces la humanidad se entrega á las bebidas espirituosas y á las demás locuras propias de la estación.

Después de la Semana Santa, los toros; como si dijéramos, después de Dios, *Lagartijo*.

Y ¡viva Córdoba!

LUIS TABOADA.

INAUGURACIÓN TAURINA

(AL DIESTRO-EMPRESARIO)

Mi amigo Luis Mazzantini, que tienes tan propio asiento entre Montes y Rossini, italiano por *el tni* y español de nacimiento,

y que, por sendas razones, entre la plaza y la escena, nos das taurinas funciones y haces tus proposiciones enfrente de Michelena:

Abandona el Paraíso y echa á *Fausto* á los infiernos (de Gayarre con permiso) porque á Madrid le es preciso divertirse con los cuernos.

Este *Castillo famoso* no reniega de su historia, y *arde en fiestas en su coto* cuando el mundo religioso canta *el in excelis gloria*.

Y nunca con más anhelo alzan sus ojos al cielo los hijos de nuestra tierra, pidiendo, en taurina guerra, claro el sol y limpio el suelo.

Y nunca como hoy humano que dama airosa y gentil nos muestre el rostro galano frente al pueblo soberano que suda sobre el toril;

que ella, cachito de sal en la fiesta nacional, ha arrostrado la ignominia de ver en el juicio oral los desplantes de la Higiniá.

Y nunca más envidados tus constantes abonados, si sueltan ante un Miura la tremenda *chifladura* que nos tiene *higinisada*.

Abre, pues, abre la plaza, diestro-empresario taurino, con toros que, ya en su traza, acrediten tu buen tino y el aliento de su raza.

Contigo y con Rafael, salgan pronto al redondel Salvador y aquel Guerrita con quien se hacía de miel tanta muchacha bonita,

y al que por fin ha cogido una moza de sentido, quedando en la cuna el diestro, sin que le hubieran valido los *quites* de su maestro.

Suenen clarín y timbal; coja al vuelo el alguacil la llave presidencial, y salga el fiero animal de las sombras del toril.

Mida el picador *el ruedo* bajo el bicho que *recarga*, y á Lagartijo le cedo el primer *quite* con *larga* que al jinete *alivie el miedo*.

Los palos en el morrillo y la estocada en *la cruz*, y con todo eso, Luisillo, mucha *luz* en tu bolsillo y en el cielo mucha *luz*.

EDUARDO BUSTILLO.

MI DESPENSA

Una zafra de aceite de oliva (¡del más malo, querido lector!) con su tapa en la parte de arriba y espita con llave en la parte inferior. Sobre tocoso vasar, al que viste volgadura de rojo papel.

un puchero que, si hoy tiene alpiste,
costava algún día riquísima miel.
Una escarpia sujeta en el techo
y pendiente del te ho un cordón
con un gancho torcido y mal hecho,
del cual debería colgar un jamón.
Cinco latas de ricos pescados,
que hace tiempo vacías están,
y entre tlla, en un bote guardados,
algunos bizcochos del tiempo de Adán.
Tres botellas de vino pequeñas
(del que apenas se pueda beber)
y otras tres del mejor Valdepeñas,
que, por mi desgracia, se ha echado á perder.
Dentro de una cazuela de barro,
avellanas, espliego y jabón,
y pegada en los bordes de un tarro
manteca de Flandes del propio Chinchón.
Seis ó siete claurizos añejos
precedentes de alejo rocín,
y las pieles de varios conejos
colgadas de un clavo, no sé con qué fin.
Junto á un plato que tiene tocino
y unos cuantos mendrugos de pan,
un cacharro con ajos, comino,
pimienta, guindilla, laurel y azafrán.
Dentro de una tinaja, una arroba
de garbanzos que apenas se ven.
Atrancando la puerta, una escoba
(porque es una puerta que no cierra bien)
y un boquete de merlanería
que da paso á la luz y al calor.
¡No contiene más cosas hoy día
mi pobre despensa, querido lector!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

CRÍTICAS APASIONADAS

¿Green ustedes que no hay quien se encargue de criticar los sermones y á los oradores sagrados?

Pues hay críticas del gremio de devotas. No es solamente la prensa, donde ya es corriente el reclamo eclesiástico, la encargada de examinar y de encomiar las dotes oratorias de los predicadores.

Las abonadas conocen á todos los oradores, y los juzgan en sus rátos de ocio.

En cuanto se encuentran dos de las aficionadas, entablan conversación sobre motivos del padre Fulano ó del aplaudido don Zutano.

—¿Qué la pareció á usted el sermón de ayer?
—¡Magnífico! ¡Qué palabra la de ese hombre!
—¡Y qué voz tan bien timbrada!
—¡Y qué figura, y qué ojos!
—Cuando hablaba de la muerte y los ponía en blanco, aterrorizaba.

—A mí no me aterrorizó, al contrario.
—Hablo en sentido recto, D.^a Eduvigis.
—Hija, yo no sé cómo serían los apóstoles, pero me parece que más allá no habrá llegado uno siquiera.

—En eso no podemos hablar, porque como no los hemos conocido.... Pero eso mismo es lo que dice la gente moderna de los cómicos y de los hombres políticos.

—Ese hombre tiene dotes excepcionales. Yo vengo por él á esta función.

—Pues hay otro que me gusta más.
—¿Quién?
—El de tarde en las Arrepentidas; vamos, que predica estas tardes: D. Espantaleón.

—También vale; pero como éste, no señora.
—No diga usted eso, porque le oí anteayer, y no lo olvidaré nunca. ¡Qué frases! ¡Qué pensamientos! ¡Y cómo puso á los moros y á los ingenieros y á los médicos!

—¿Ve usted? Eso no me gusta; que se metan en política.

—Se entiende.
—¿Por qué?
—Porque como el esposo es de éstos....

—¿Y qué tengo yo que ver con mi esposo?
—Eso, usted lo sabrá.
—El que no me gusta es el padre N.

—Es un predicador del teatro antiguo.
—¿Qué voz! Parece que acarrea un rebaño.
—¡Y qué maneras!

—Ha sido misionero, según dicen.
—Ya se conoce que está acostumbrado á hablar con los indios.

—Pues no crean ustedes—interrumpe otra señora del mismo turno—que el padre es un saco de paja ni mucho menos.

—Dios nos libre de suponerlo.
—Ya se conoce que sabe, pero no es simpático.

—El acento: es algo mallorquín. Pero si le trataran ustedes de cerca, mudarían de opinión. Es un ángel.

—Eso nada tiene que ver.
—Ahora piensa en dar conferencias para señoras solas.... sin asistencia de caballeros, y entonces podrán ustedes formar juicio.

—Pero, desengátese usted, señora, que donde está el padre Espantaleón, no hay otro.

—Según la señora, que para mí D. Fulano es el Voilé moderno.

—Boileau, querrá usted decir.
—Eso es.

Las concurrentes á sermones conocen en la calle, lo mismo que en el templo, á todos los oradores sagrados.

—Mira, ahí va D. Fulano—avisa una á otra, cuando tropiezan con él.

Otras los designan por los apellidos.

—Aquél es Gómez ó Pérez, ó quien sea—advierten al marido ó al hermano, ó al padre, á quien las acompañe.

—¿Y quién es Gómez ó Pérez ó?...
—El famoso predicador.

—¡Ya! ¡Habla bien, eh? No le he oído.
—¿Que si habla? No, canta: es el Gayarre de la oratoria.

Quando el orador se detiene ó se equivoca, las inteligentes no se lo perdonan.

—¿Ha oído usted qué flojillo ha estado el predicador?
—Sí, señora.

—¿Qué manera de equivocarse!
—Es verdad.

—Ya ve usted lo que ha dicho del puerto de Sinaí....
—Eso era en sentido geográfico, hija.

—¿Cómo, qué geográfico?
—Vamos, figurado.

—¡Ah!
—Y es una persona muy buena.

—¿Sí?
—Vive allí, al lado de mi casa.

—¿Son ustedes convecinos?
—Y ella también es una santa.

—¿Quién es ella?
—La hermana.

Y así sucesivamente.

Porque algunas devotas, al parecer, llegan á penetrar en la vida privada del prójimo.

Si las mujeres ejercieran la crítica literaria y artística, tendríamos que dedicarnos á otro oficio.

Así me decía un predicador:

—Porque, al hablar un día de las once mil vírgenes, añadí un millar, y equivocadamente dije «doce mil», hasta recibí anónimos, con letra de mujer, poniéndome como un rico trapo.

EDUARDO DE PALACIO.

RECUERDOS

Ven, que ya llega Mayo,
mes de las flores,
esparciendo alegría,
luz y colores,
y en la pradera
reina, vertiendo aromas,
la primavera.

No temas ya que el viento
tu falda lleve
ni que te azote el rostro
la blanca nieve,
ni que la lluvia
desriche y ponga lacia
tu trenza rubia.

No temas ahora al cierzo,
dulce bien mío,
ni temas que yo, al verte
muerta de frío,
piadoso te eché
mi capa y tu cintura
bajo ella estreche.

¿Te acuerdas una tarde?...
¡Cuánto llovía!
¿Te acuerdas?... Una gruta

nos guarecía,
y «Tengo miedo»
me decías quedito,
pero muy quedo.

«Tengo miedo» á mi oír
tú murmurabas,
y cuanto más temías
más te acercabas....
¡Por qué no puedo
verte yo á todas horas
muerta de miedo!

¿Te acuerdas de otra tarde
que en un molino
entrarnos, por librarnos
de un torbellino?
¿Te acuerdas?... Nada
no sigo, que te pones
muy colorada.

Otra vez, en un bosque,
yendo contigo....
¿Que me lo calle? ¿Salves
por qué lo digo.
niña bonita?

SEMANA SANTA



—¡Cuánto siento que se concluya la semana de pasión!
 —¡Sí, hija, sí! Porque luego viene la semana de aburrimiento.

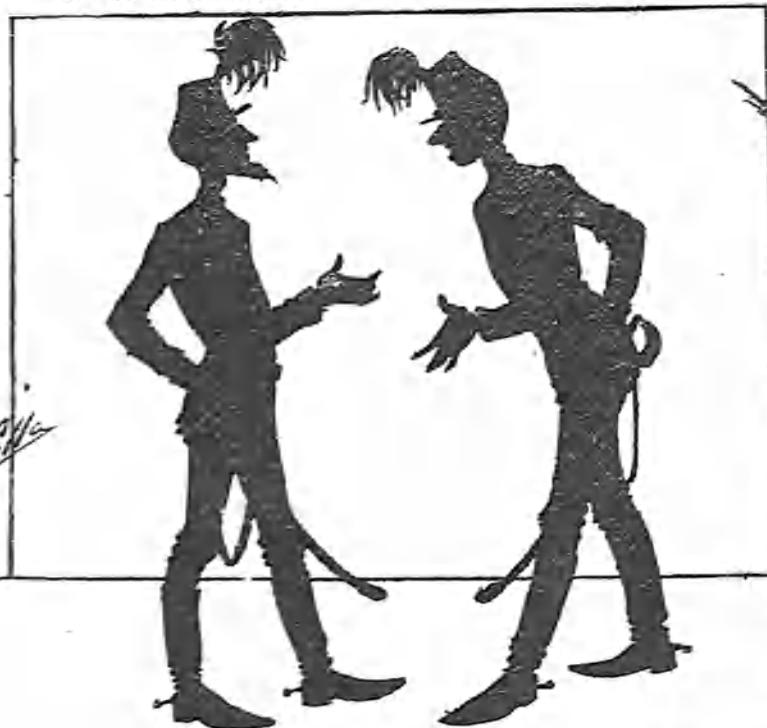


—¿Te acuerdas dónde me conociste? En el sermón del Mandato.
 —¡Bueno me has puesto de sermones desde aquella fecha!



El que va á la procesión para llamar la atención.

Un capricho de la criatura La envidia de los chicos del barrio.



—Tan siquiera en el pueblo daba gusto confesarse, porque aquello parecía de veras, pero ¿aquí? ¡Uno, otro, otro! Paice que descargan un' carro de ladrillos, como dijo aquél.

ENTRE BASTIDORES



—¡Hombre! Mañana ensayo general con todo..... De modo que hoy el ensayo será sin nada.....

—Ese es un gasto inútil, Enriqueta. Con los trajes ya no se salvan las obras.

—Tienes razón; los trajes debían suprimirlos enseguida.



—Cuando la tiple dice: «¡Mio padre!» vosotros decís: «¡Ah, ah, ah!» tres veces; que quiere decir que os extrañáis mucho de que aquel señor sea su padre.



—Esos periodistas están tocando el violón. Dicen que me pinto sola para los papeles ligeros; ¡Como si no me pintara también para los otros!

Porque rapés mi boca
con tu manita.

Pero aunque venga Mayo,
mes de las flores,

¿cómo puedes darme pruebas
de tus amores.
Sí, te lo ruego....
Y, si quieres, te juro
callarlo luego.

JOSÉ ESTREMEZA.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono
fue célebre, en sus tiempos, por hermosa,
y es en la actualidad la más piadosa
de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta
que emplea su influencia omnipotente
en la tarea santa
de llevar a la gloria mucha gente,
y siguiendo esta norma,
con el tesón de un padre misionero,
procura introducir una reforma
que le cuesta disgustos.... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes,
bajo su dirección, llevan á cabo
trabajos incesantes
redimiendo al obrero, al pobre esclavo
que, por causa de un amo descreído,
en su interés moral se perjudica
porque no santifica

las fiestas de guardar, como es debido.
Es el bello ideal de estas señoras
un domingo sin obras ni jornales,
en que nadie trabaje ni dos horas,
como cumple á católicos formales.

Bien sabe la condesa
que es muy difícil rematar la empresa;
pero sabe también que poco á poco
puede volverse cuerdo un pueblo loco;
y tanto ha predicado, tanta gente
obedece á las damas elegantes,
que más de cien comercios importantes
se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado
se levantó á las once la condesa,
pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa,
—Que enganchen el milord—dijo al criado.
Pero pasó más tiempo del preciso
para poner al tranco el corraje,
y no daban aviso
de que estaba esperándola el carruaje.
—¡A ver! ¡Que suba Juan!—dijo la dama,
irritada de verse mal servida.
Y entró Juan, con la cara compungida,
murmurando al entrar: —¡Vucencia llama!
—¡He pedido el milord hace una hora!—
gritó, en son de reproche, la condesa;
y contestó el gallego: —¡Pero agora
non puedo trabajar! ¡Soy miembro de esa
sociedad que preside la señora!

SINESIO DELGADO.

EL AMIGO DE TODOS

La vanidad humana reviste á las veces las formas más risibles
y caprichosas.

Hay, por ejemplo, quien funda su vanidad, no en ser una
cosa, sino en parecerlo.

Muchos que quieren pasar por *mujeriegos* y *conquistadores*,
creen haber conseguido su propósito con saber que el mundo les
tiene por tales, y llegan al colmo de la satisfacción si ese mundo,
del cual implícitamente se declaran esclavos, les cree amantes fa-
vorecidos de alguna ó algunas hermosuras de moda.

Hay quienes hacen pasar por suyo el talento de otros, y, al
persuadirse de que engañan á la multitud y de que han burlado
completamente las ajuanas de la crítica, ostentan una soberbia
tan satánica y una vanidad tan ridícula, que les pone en abierta
contradicción con el talento de que hacen gala. Y desde luego se
echa de ver que no son ellos los propios *cosecheros*.

Aunque parezca paradoja, en el fondo de esa vanidad existe
una modestia infantil.

No se afanan por ser, sino por parecer; lo cual parece indicar
desconfianza de las propias fuerzas y estrechos límites de las as-
piraciones.

A esta larga familia de farsantes pertenece, por derecho in-
discutible, *el amigo de todos*.

En la locura universal, éste padece la manía de las relaciones
sociales.

Ni por su talento, ni por su educación, ni por sus dotes perso-
nales puede ser amigo de todo el mundo; pero *él* no aspira á tan-
to: se contenta con parecerlo.

Debe existir en todas las esferas. Yo le he observado, y aun le
he *padecido*, en los saloncillos de los teatros, en los cuartos de
los actores, en las solemnidades artísticas y en los paseos pú-
blicos.

Y como el solo objetivo de sus relaciones es la vanidad, claro
está que las elige, ó las toma, por mejor decir, entre la gente co-
nocida.

Los actores y los autores dramáticos sirven perfectamente los
fines del *amigo de todos*.

Ni siquiera tiene que tomarse el trabajo de preguntar cómo se
llaman ni de buscar quién los presente.

Para colarse en el cuarto del actor y darle la enhorabuena y
ofrecerle un pitillo y entablar conversación con él, hay pretexto
todas las noches.

Y resulta muy agradable para el actor, después de haber oído
el aplauso sobre la escena, oír en su cuarto y cara á cara el ru-
mor de la adulación, aunque ésta sea burda y grosera y venga
de un desconocido.

Desconocido que pasa á ser *amigo* á las dos ó tres visitas.

El actor suele preguntar á sus verdaderos amigos:

—¿Quién es este señor?

Nadie lo sabe, pero todos contestan:

—Yo le conozco de vista.

Alguna vez, por casualidad, hay quien le conoce de nombre;
pero nada más.

Otras veces hay quien dice:

—Sí, es Fulano.

—¿Qué profesión ejerce? ¿En qué se ocupa?

—Es amante de la Fulana.

En la mayoría de los casos saluda á todo el mundo, y nadie
sabe quién es, ni cómo se llama, ni de quién es amante.

Las noches de *estreno* son las más felices para el amigo de
todos.

El autor de la obra estrenada se encuentra en el saloncillo,
aturdido, medio mareado, tembloroso y asustado todavía del *ra-
tito* que acaba de pasar, rodeado de sus compañeros de profes-
sión, que con verdadera sinceridad le estrujan la mano y le feli-
citan, cuando de pronto cae sobre él y le estrecha amorosamen-
te entre sus brazos el caballero en cuestión, es decir, el descono-
cido que conoce á todo el mundo.

Si el éxito ha sido muy grande, desde luego le habla de tú y
le dice que la obra es *calderoniana* ó *bretoniana*, según el gé-
nero á que pertenezca.

Algunas veces hasta llega á decir que á *él* se debe el éxito.

—El autor tenía miedo—exclama—y quería retirar la obra;
pero yo pronostiqué el éxito desde el primer ensayo. ¡Tengo un
ojo! «Nada, Rodríguez—concluye,—eres un genio, créeme á mí.»

Al marcharse se repite la pregunta de siempre:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Y, como siempre, nadie lo sabe, ó se tienen de *él* noticias muy
vagas.

En los paseos realiza un doble timo.

Se lanza á la calle de Alcalá ó á Recoletos como un solo hom-
bre, es decir, solo, y en la primera ocasión se agrega al primer
grupo que divisa de esos *amigos* que le desconocen, pero á los
cuales tiene costumbre de saludar casi todos los días.

Desde aquel momento principia á saludar, de modo exagera-
dísimo, á la mayoría de los paseantes, sin dar paz á la mano y
exponiéndose á *pescar* un constipado á cada minuto.

Alterna los saludos, según el exterior de las personas, á unos
con la mano, familiarmente, y á otros descubriéndose con el ma-
yor respeto.

Y todo ello para que digan las personas que le acompañan.

—¡Cuántas relaciones tiene este hombre! ¡Conoce á todo el
mundo!

No sé qué es más cómico, si lo pueril de esta vanidad, ó las
caras que ponen la mayoría de los que inopinadamente se en-
cuentran *saludados* por un desconocido.

Otros muchos aspectos y matices ofrece el tipo en su infinita
variedad; no los apuntaré aquí por no fatigar la atención del lec-
tor discreto, y porque creo que basta lo anotado para dar idea de
la simplicidad del *amigo*.

La vanidad de *el amigo de todos*, aquí bosquejado, se parece
mucho, por la inocencia que revela, al candor que se desprende
de la lectura apacible de *El amigo de los niños*.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

UN HOMBRE BIEN EDUCADO

Era don José Pulido, según la historia refiere, un viejecillo atildado, medio seco y medio verde, que gran fama de cortés logró entre los más corteses. Siempre fino y carifoso, amable y atento siempre, pasó la vida haciendo genuflexiones y dengues, con el sombrero en la mano y el cuerpo formando un puente. Jamás por él se vio nadie molestado en lo más leve, y nunca dió un psolón sin que al instante pidiese medio millón de perdones ocho docenas de veces. ¿Y pulcro? Gastóse en drogas, jabón, cepillos y peines un caudal; todos los días se rasuraba el vejete, y estrenaba calcetines y se limpiaba los dientes.

Una noche, por ceder en la plaza de Colón a la derecha á dos señoras con honores de joneles, le atropelló una carreta que le partió por el eje. Sin esperanzas de vida fué transportado don Pepe á la casa de socorro, donde acudieron á verle algunos de sus amigos y varios de sus parientes. Subió el peligro de punto, se hizo terrible la fiebre, y don José, viendo próximo el instante de su muerte, incorporóse en el lecho, murmuró con voz muy débil: «Que me corten bien las uñas para el día que me entierren.» y al poco rato, diciendo: «Con el permiso de ustedes,» dió unas cuantas boqueadas y se murió santamente.

L. COE Y BARRERA.



Señores: No voy á pronunciar un discurso, como dicen los oradores de plantilla; voy sencillamente á explicar á ustedes las condiciones de un certamen, concurso ó como quiera llamársele, que queda abierto desde este mismo instante en la Redacción del MADRID CÓMICO.

Expondré el pensamiento en pocas palabras, porque no estamos para perder el tiempo.

La Redacción hace la pregunta siguiente:

¿CUÁL ES LA MAYOR TONTERÍA?

El autor de la respuesta más ingeniosa será premiado con

Veinticinco pesetas.

Las condiciones son las siguientes:

- 1.^a Pueden optar al premio todos los ciudadanos que lo deseen.
- 2.^a No mandará cada uno más que una contestación, que deberá firmarse con el nombre y los dos apellidos.
- 3.^a En la misma carta se especificarán las señas del domicilio, para los efectos consiguientes.
- 4.^a Cada contestación no podrá ocupar más de cuatro líneas ordinarias del periódico.
- 5.^a El certamen quedará cerrado el próximo viernes 26 de Abril, á las cuatro en punto de la tarde, ni un minuto más.
- 6.^a Las respuestas se publicarán en el número 323, correspondiente al sábado 27, é irán firmadas con las iniciales de sus autores.
- 7.^a No se publicarán, y por consiguiente no podrán optar al premio, las contestaciones que contengan faltas de respeto á las religiones, á la decencia ó á una personalidad determinada.
- 8.^a La respuesta más ingeniosa será elegida por sufragio entre los suscritores del periódico.
- 9.^a Hecho el escrutinio de votos, y conocido, por lo tanto, el nombre del autor *agraciado*, la Administración le remitirá el importe del premio en carta certificada á vuelta de correo, si está en provincias, ó se lo enviará á su propia casa, si vive en Madrid, para que nadie tenga que molestarse lo más mínimo.
- 10.^a En el número próximo, al par que las contestaciones, explicaremos el modo de que se han de valer los suscritores para emitir su voto.

Y nada más.

Me parece que no puede ser más democrática la forma de adjudicación del premio.

Conque á ver quién se gana en buena lid esos cinco duros!



Pepe Estrañi nos dedica en las *Facetillas* de *La Voz Montañesa* unos saladísimos versos con motivo de nuestra entrevista en el infierno.

Esto} pasando un tormento mayor que el que me esperaba en la calde-

ra, por no poder publicarlos en este número. Pero llegan á mis manos ¡ay! demasiado tarde.

Conste que, lo mismo en el infierno que en la gloria, yo aprecio en más un saludo de Estrañi que todo el oro del mundo.

Conque... ¡bócal y come á mi salud todas las judías que se te antejen. Yo avisaré al correspondiente para que te las pague.



Libros:

Solución de la paz por la higiene social, por M. Massot. Este folleto forma el volumen primero de la Biblioteca económico-social. Precio: 10 céntimos.

España, páginas de su historia, por M. R. Navas. Tercer volumen de la Biblioteca útil, que se publica con gran aceptación. Precio: 25 céntimos.

El original del retrato, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Eduardo García y García, estrenado con éxito en el teatro de NoVEDADES de Barcelona.

Un busto albacea, preciosa y transcendental novelita del ingenioso escritor D. Antonio Sánchez Pérez. Tomo III de la Biblioteca que publica nuestro querido colega *Don Quijote*. Precio: 1 peseta.

¡Pobres Españoles!, memorias de un jefe de zona, por D. Juan Lapoulié. Segunda edición. Al aparecer la primera edición de esta importante obra la elogiamos como merece, pronosticando que haría grandísimo efecto. La prueba de que acertamos está en esta segunda. Precio: 1 peseta. Librería de Fe.

El último tomo publicado por la Biblioteca Andaluza se titula *Filipinas*; su autor, el malogrado Regente interino de la Audiencia de Manila D. José Fernández Giner. La obra va precedida de un prólogo de D. Luis de Rute, y su contenido interesa no sólo á los lectores del Archipiélago, sino á cuantas personas deseen conocer pormenores de la vida y organización de aquella apartada colonia. Precio: 1.50 pesetas.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Elena Morado.—¿Quiere usted enviarla de nuevo corrigiéndola un poco? *Cosquerelles*.—En efecto, no entiendo nada. ¡Ay! Ya estuvimos en Valencia, pero se agradece la invitación como si no hubiéramos estado todavía.

Sr. D. M. F.—Zaragoza.—Escribiré.

Un constante suscriptor.—¿Que los suscritores del periódico agradecerían mucho que se rebajara el precio? ¡Lo creo! Yo también agradecería que no me cobraran nada por la ropa.

Maab.

Sr. D. C. S.—Madrid.

E. M. T. Rio.

Sr. D. F. T. de L.

M. Oscar Don.

Príncipe.

Sr. D. A. J. P.

Sr. D. M. A.

Don Yo.

Trasfinado.

A. C. Buche.

Sr. D. C. L. G.—Cádiz.

Yagarrina.

Sr. D. E. P.

Sr. D. C. G. de la P.

Fr. Q. K.

Nadie.

Periquito Pinta Ruecas.

Un lector.

Sr. D. E. C.

Panteo.

X.

La sombra del Petrarca.

A. de L.

Fray Gerundio.

Solón.

Guante.

K. no.

El pirulo Angelín.

Fray Viruta.

O. P. Q. R. S.

Camilo.

Almanuerta.

R.

Don Belianis de Grecia.

Sr. D. L. del V.

Sr. D. P. E.

Sr. D. T. de A.

A. G. B. S. de O.

a puntos.

Masachusets.

Sr. D. B. R.

Sr. D. H. N.

Columela.

Sr. D. M. Z.

Calino.

P. Pin.

Sr. D. C. B.

Z. 20.

No son publicables.

Tampoco son publicables.

Veán ustedes cómo, por medio de una sencilla suma, hemos concluido más pronto. ¡Oh, las matemáticas!

TROPA



—¿Quién te ha planchado esa camisa? —Pues ¿sabes lo que te digo? Que ó me
—¿Quién ha de ser? La Sebastiana. plancha la mía también. ó sus corto las rela-
ciones.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 5,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2169.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.